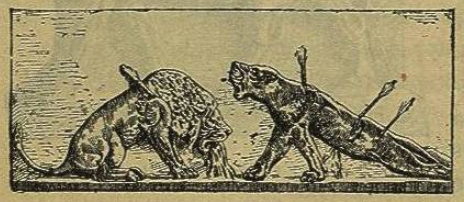
Escultura. — Lo más digno de admiración es la escultura de estos palacios, pues si bien las estatuas son escasas y bastas, los escultores hacían en grandes placas de alabastro bajos relieves que eran verdaderos cuadros. En general, las escenas que representan son muy complicadas, batallas, cacerías, sitios de ciudades, y ceremonias en que el rey aparece rodeado por magnífico séquito. Nada puede compararse con la escrupulosidad de los detalles; vense allí largas filas de criados que llevan la comida del rey, bandas de obreros ocupados en construir su palacio, jardines, campos, estanques, peces en el agua, aves en sus nidos ó volando de rama en rama. — Los personajes se presentan todos de perfil, probablemente porque el artista no sabía hacerlos de frente; pero tienen nobleza y animación. — Los animales abundan, sobre todo en los bajo relieves de cacerías; en general están hechos de manera admirable. Los asirios observaban la naturaleza y la reproducían fielmente; en esto consiste el mérito de su arte.



León herido. Leona herida.

Los griegos se formaron en esa escuela, imitando sus bajos relieves; y aunque los superaron, puede afirmarse que en la representación de animales el arte asirio no tiene rival.

III. — LOS FENICIOS.

LENORMAND, *Historia antigua*, — MASPERO, *Historia antigua*. — VAN DEN BERG, *Pequeña historia antigua*. — RENÁN, *Misión de Fenicia*. — HEEREN, *Política y comercio de los pueblos de la antigüedad*. — MOVERS, *Los fenicios*.

TIRO Y CARTAGO.

El país. — La Fenicia es la estrecha banda de tierra, de 50 leguas de largo, de 8 á 10 de ancho, comprendida entre el mar de Siria y la elevada cordillera del Líbano. Compónese de una serie de valles estrechos y de cañadas contenidas entre colinas abruptas que se dirigen hacia el mar; esos valles y cañadas son recorridos hasta fines de la primavera por torrentes que las nieves ó los huracanes producen; pero en verano no queda agua sino en los pozos y las cisternas. En otro tiempo las montañas de esa región estaban cubiertas de árboles; en lo alto los famosos cedros del Líbano, en las vertientes pinos y cipreses, más abajo las palmeras hasta las orillas del mar. En los valles se daban el olivo, la vid, la higuera y el granado.

Las ciudades. — Á lo largo de esa costa rocallosa, de trecho en trecho, hay promontorios ó islas que forman puertos naturales. En ellos fundaron los fenicios sus ciudades; Tiro y Arad estaban edificadas en dos islotes; así es que los habitantes tenían que vivir en casas de 6, 7 y 8 pisos. El agua dulce era transportada en barcas. Las restantes poblaciones, Gebel, Berite y Sidón estaban en el continente. El propio suelo no bastaba para alimentar ese semillero de hombres; los fenicios tuvieron que buscar recursos en la navegación y el comercio.

Ruinas fenicias. — Ningún libro de este pueblo se ha conservado, ni siquiera los religiosos. Sus ruinas han sido visitadas; pero como dice el profesor que dirigió las excavaciones, « las ruinas se conservan sobre todo en los países donde no se ocupan de ellas », y los sirios han hecho precisamente lo contrario, abriendo las tumbas para apoderarse de las alhajas de los muertos, demoliendo los edificios para aprovechar sus materiales, y rompiendo las esculturas pues los musulmanes las odian (1). Sólo se encuentran á estas horas trozos de mármol en fragmentos, cisternas y lagares abiertos en la roca, y algunos sarcófagos de piedra. Estos restos son poco instructivos y lo único que sabemos de los fenicios es lo que refieren los escritores griegos y los profetas judíos.

Organización de los fenicios. — Este país no formaba un imperio, sino que cada ciudad tenía su pequeño territorio independiente, sus asambleas, su rey, y se gobernaba á sí misma. Cuando había asuntos generales que discutir se reunían delegados en la población principal; desde el siglo XIII estas juntas se celebraron en Tiro. Los fenicios no eran un pueblo militar; así fué que se sometieron á todos los conquistadores, egipcios, asirios, babilonios, persas. Con pagar tributo salían del paso.

Tiro. — Tiro fué desde el siglo XIII la más importante de estas ciudades; el islote no pudo contener más casas y entonces se construyó frente á él una población nueva. Los mercaderes de Tiro fundaron colonias en todo el Mediterráneo. La plata de las minas de España y los productos de todo el mundo antiguo iban á parar á sus manos. El profeta Isaía los llama príncipes; Ezequiel describe las caravanas que les llegaban de todas partes. Un rey de Tiro, Hiram, fué quien proporcionó á Salomón los obreros que edificaron el palacio y el templo de Jerusalén.

(1) Hé aquí un ejemplo de esta aversión por las figuras. « En Trípoli vi un sarcófago que servía de fuente pública, y cuya parte anterior esculpida estaba vuelta á la pared. Me dijeron que un gobernador lo había mandado colocar así, para que no se distrajesen los habitantes. » (Renan, *Misión de Fenicia*, p. 818.)

Cartago. — Una colonia de Tiro llegó á ser más poderosa que su metrópoli. Unos tirios expulsados de su ciudad en el siglo IX por una revolución, fundaron en la costa de África, cerca de Túnez, la ciudad de Cartago. Una mujer, Elisar, á quien nosotros llamamos Dido (la fugitiva) los guiaba. Los habitantes del país no quisieron venderle según la leyenda sino el espacio que podría cubrir una piel de buey; pero ella la cortó en tiras muy delgadas, abarcando así gran extensión, en que edificó la ciudadela. Su situación en el centro del Mediterráneo, y sus dos puertos, ayudaron mucho á la prosperidad de Cartago, que no tarda en enviar colonias, en realizar conquistas y en ser dueña de la costa de África, de España y de Cerdeña. La nueva ciudad tenía en todas partes factorías para su comercio y vasallos que le pagaban tributo.

Ejército cartaginés. — Para proteger esas factorías y contener á sus vasallos, siempre dispuestos á rebelarse, se necesitaba un buen ejército, y como la vida de un cartaginés era demasiado preciosa pora arriesgarla sin necesidad, la ciudad prefería pagar soldados mercenarios, que reclutaba entre los bárbaros de su imperio y los aventureros del mundo. Esa fuerza era una abigarrada multitud, en que se hablaban todas las len-

guas, se practicaban todos los cultos y en que cada soldado usaba traje y armas diferentes. Había en ella númidas vestidos con una piel de león que les servía de cama, montados en pelo en caballos rápidos, y que tiraban el arco á la carrera; libios de negro cutis provistos de picas; iberos españoles con trajes blancos adornados de rojo y que usaban una larga y puntiaguda lanza; galos desnudos hasta la cintura, con enormes escudos y una espada redonda que cogían con ambas manos; baleares acostumbrados desde la infancia á lanzar con la honda piedras ó balas de plomo. Los generales eran cartagineses; el gobierno desconfiaba de ellos, los vigilaba atentamente y si eran vencidos, los mandaba crucificar.

Los cartagineses. — En Cartago había dos reyes; pero el verdadero soberano era el senado, compuesto por los mercaderes más ricos de la ciudad. Así es que para este gobierno toda cuestión revestía carácter mercantil. Los cartagineses eran universalmente detestados; se les consideraba crueles, rapaces y pérfidos. Sin embargo, como tenían buenos barcos, dinero con que comprar soldados y un gobierno enérgico, lograron mantener su imperio sobre los pueblos bárbaros y divididos de la cuenca occidental del Mediterráneo durante tres siglos (desde el VI al III).

La religión fenicia. — Fenicios y cartagineses tenían religión análoga á la de los caldeos. El Dios macho (Baal) (1) es un dios sol; el dios hembra (Baaleth) es un dios luna; pues los fenicios consideraban estos astros como las grandes fuerzas que crean y destruyen. Cada ciudad

(1) En Caldea lo llamaban Bel.

1020131965

tiene su pareja divina; en Sidón, Baal-Sidón (el sol) y Astoreth (la luna); en Gebel, Baal Tammuz y Baaleth; en Cartago, Baal-Hamón y Tanith. Pero el mismo dios cambia de nombre según se le considera como creador ó como destructor; así, Baal es adorado en cartago como destructor con el nombre de Moloch. — Estos dioses, representados por ídolos, tienen templos, altares y sacerdotes. En cuanto son creadores, se les honra con orgías y ruidosas fiestas; y con sacrificios humanos si se les considera como destructores. Astoreth, la gran diosa de Sidón, que representan con una media luna y una paloma, tenía en los bosques sagrados sus templos. Baal Moch era en Cartago un coloso de bronce con los brazos extendidos y caídos. Para calmar su ira colocaban en sus manos niños vivos que caían inmediatamente en un abismo de fuego. Durante el sitio de la ciudad por Agatocle, los próceres sacrificaron doscientos hijos suyos á Moloch.

Esta sensual y sanguinaria doctrina llenaba de horror á los demás pueblos, que sin embargo la imitaban: los judíos hacían sacrificios á Baal en las montañas, los griegos adoraban á Astarté y Sidón con el nombre de Afrodita y á Baal Melkhart de Tiro con el de Heracles (1),

EL COMERCIO FENICIO.

Ocupaciones de los fenicios. — Como su territorio era insuficiente, los fenicios tenían que buscar recursos en el comercio. Ni los demás pueblos de Oriente, egipcios, caldeos, asirios, ni las tribus bárbaras de Occidente (españoles, galos, italianos) tenían marina. Los fenicios eran los únicos que en aquel tiempo se atrevían á nave-

(1) Venus y Hércules.

gar. Fueron, pues, los comisionistas del mundo antiguo: iban á comprar sus mercancías á cada pueblo, y en cambio le vendían las de otros países. Este tráfico se efectuaba por tierra con Oriente y por mar con Occidente.

Las caravanas. — Las caravanas terrestres seguían tres distintas direcciones:

1ª. La de Arabia, de donde volvían con oro, ágata y ónix, incienso, mirra y perfumes de dicha región; y con perlas, especias, marfil, ébano, plumas de avestruz y monos de la India;

2ª. La de Asiria, á donde iban en busca de telas de algodón y de hilo, de asfalto, piedras preciosas, aguas de olor y seda de China;

3ª. La del mar Negro, en busca de caballos, esclavos y de vasos de cobre fabricados por los montañeses del Cáucaso.

La marina. — Para navegar construían con los grandes cedros del Líbano barcas de remo y velas. No necesitaban seguir las costas, pues sabían guiarse en alta mar mirando la estrella polar que les indicaba el Norte. Eran audaces marinos que se lanzaban en sus pequeñas embarcaciones hasta la extremidad de Mediterráneo, y aun se atrevían á pasar el estrecho de Gibraltar ó como decían los antiguos, las *columnas de Hércules* (1), y penetraban Océano adentro hasta las costas de Inglaterra y quizás las de Noruega. Varios fenicios al servicio de un rey de Egipto partieron en el siglo VII del Mediterráneo para dar la vuelta al África, y

(1) Estas columnas, levantadas según la tradición por Hércules, son sin duda resto del culto fenicio. Hércules no es sino Melkhart, dios de Tiro.

según parece, volvieron al cabo de tres años por el mar Rojo. Una expedición cartaginesa siguió la costa hasta el golfo de Guinea; su comandante Hannón escribió una relación de ese viaje.

Las mercancías. — Los fenicios compraban á los pueblos civilizados los productos de su industria; entre los bárbaros iban á buscar lo que no hallaban en Oriente. En las costas de Grecia recogían unos mariscos de que sacaban el color rojo llamado púrpura, que servía en la antigüedad para teñir los trajes de los reyes y de los grandes señores. En España y Cerdeña recogían la plata que los habitantes sacaban de las minas. Como necesitaban estaño para hacer bronce, aleación de dicho metal y de cobre, y como en Oriente no lo había, fueron á buscarlo hasta las costas de Inglaterra, en las *islas del estaño* (Casitérides). Además, recogían esclavos en todas partes, ya comprándolos, como hacían los negreros hasta nuestros mismos días en las costas de África, ya desembarcando de pronto en un punto y apoderándose de las mujeres y de los niños. Luego los llevaban á sus ciudades, ó los vendían á otros pueblos, pues entonces todos poseían esclavos. Si la ocasión era propicia, pirateaban y despojaban á los demás de sus bienes sin ningun escrúpulo.

Secreto observado por los fenicios. — Este pueblo evitaba cuidadosamente que los demás le hicieran competencia. Así es que al volver de sus expediciones no decían nada sobre su ruta. Nadie sabía en la antigüedad dónde estaban las famosas *Islas Casitérides* de donde sacaban el estaño. Un bajel griego descubrió por casualidad la España, que los fenicios conocían y explotaban hacía ya siglos. Cartago mandaba ahogar los merca-

deres extranjeros que encontraba por los parajes de Cerdeña ó de Gibraltar. Una vez que un barco cartaginés notó que otro extranjero lo seguía, su piloto lo hizo varar á fin de que éste no viera á dónde iba.

Colonias. — Los fenicios fundaron en los países con que traficaban factorías que eran fortalezas edificadas á orillas del mar en un puerto natural. Allí desembarcaban sus mercaderías, que eran generalmente telas, loza, alhajas é ídolos (1); los indígenas acudían con sus artículos y efectuaban el cambio, según se practica todavía en la costa de África entre europeos y negros. Hubo mercados de esta clase en Chipre (2), en Egipto y en todos los países entonces bárbaros del Mediterráneo, en Creta, Grecia, Sicilia, en África, en Malta, en Cerdeña, las costas de España (Málaga, Cádiz) y quizás en Galia (Mónaco). Á menudo ocurría que los indígenas edificaban sus cabañas en torno de los edificios y el mercado se convertía en una ciudad. Los habitantes adoptaron los dioses fenicios, y aun después que la ciudad había pasado á ser griega, seguía adorándose en ella la diosa de la paloma (como en Citerea), el dios Melkhart (como en Corinto) ó el dios de cara de toro que devora víctimas humanas (como en Creta).

Influencia de los fenicios. — Es seguro que los fenicios no pensaban al fundar sus factorías más que en su negocio; pero con todo, sus colonias prestaron gran servicio á la civilización. Los bárbaros de Occidente recibían las telas, joyas y utensilios de los pueblos más adelantados de Oriente y aprendían á imitarlos. Por

(1) Estos ídolos se encuentran en todos los países on que los fenicios comerciaban; constituían uno de las principales artículos de exportación.

(2) El cobre ha recibido el nombre de esta isla, *Cuprium*, hoy Chipre.

ALFABETOS

EGIPCIO, FENICIO.	GRIEGO.		LATINO.
	A	alpha	A
	B	bêta	B
	Γ	gamma	G y C
	Δ	delta	D
	E	epsilon	E
	Υ	upsilon	U
	Z	zêta	Z
	H	êta	H
	Θ	thêta	
	I	iota	I
	K	kappa	K
	Λ	lambda	L
	M	mu	M
	N	nu	N
	Σ	sigma	S
	O	omicron	O
	Ω	oméga	
	Π	pi	P
	Φ	phi	F
	X	chi	Q
	P	rho	R
	T	tau	T
	Ξ	i	
	Ψ	psi	

mucho tiempo no tuvieron los griegos sino vasos, alhajas é ídolos de origen fenicio, y estos objetos les sirvieron de modelos. Los fenicios transportaban de Egipto y de Asiria las mercancías y la industria al mismo tiempo.

El alfabeto. — Al mismo tiempo propagaban su *alfabeto*. Es indudable que los fenicios no inventaron la escritura; los egipcios la conocían desde siglos atrás, y hasta se servían de letras como las nuestras que expresaban cada una un solo sonido; pero usaban además signos antiguos que representaban ya una sílaba, ya una palabra entera. Los fenicios necesitaban un sistema más sencillo, probablemente para sus libros de comercio. Así fué que rechazaron los signos *silábicos* é *ideográficos*, no conservando sino 22 letras, cada una de las cuales indica un sonido (ó mejor dicho, una articulación de la lengua). Los restantes pueblos imitaron ese alfabeto; unos, como los judíos, siguieron escribiendo de derecha á izquierda, á la manera fenicia; otros, como los griegos, de izquierda á derecha. Todos han modificado algo las letras; pero la escritura fenicia se encuentra en el fondo de esos alfabetos todos: judío, licio, griego, itálico, etrusco, ibérico, y quizás hasta en el *rúnico* de los noruegos. Ese pueblo de mercaderes enseñó á escribir al mundo.

IV. — LOS JUDÍOS.

La Biblia. — LENORMAND, *Historia antigua.* — MASPERO, *Historia antigua.* — VAN DEN BERG, *Pequeña historia antigua.* — LUIS MENARD, *Historia de los pueblos antiguos.* — MUNK, *La Palestina.*

LOS HEBREOS.

La Biblia. — Los judíos reunieron todos sus libros santos en un solo cuerpo que recibe un nombre griego,

la *Biblia*, es decir, el *Libro*. Este es el libro por excelencia, sagrado para los judíos y que ha llegado á serlo también para los cristianos (1). La Biblia es al mismo tiempo la historia (2) de la nación. Cuanto se sabe sobre el pueblo del Señor, lo debemos á esos libros.

Los hebreos. — Cuando los semitas bajaron de las montañas de Armenia á las llanuras del Eufrates, una de sus tribus se inclinó hacia el este, en tiempos del primer imperio caldeo, atravesó el Eufrates y el desierto, después la Siria, y llegó finalmente al país del Jordán, detrás de Fenicia. Esta tribu era llamada de los *Hebreos*, nombre que significa gentes de allende el río. Eran, como la mayor parte de los semitas, pastores nómadas, que no cultivaban la tierra ni tenían casas, sino que iban de un punto á otro con sus ganados de bueyes, carneros y camellos, buscando pastos y viviendo en tiendas, según hacen todavía los árabes del desierto. En el Génesis se puede ver la pintura de esta vida nómada.

Los patriarcas. — La tribu era una gran familia, compuesta del jefe, de sus mujeres, hijos y servidores. El primero ejercía autoridad absoluta y era al mismo tiempo padre, sacerdote, juez y rey. Esos jefes de tribus han recibido el nombre de *patriarcas*. Los principales fueron Abrahán y Jacob, uno padre de los hebreos y otro de los israelitas. La Biblia representa á ambos como hombres designados por Dios para llegar á ser

(1) Los cristianos le han añadido los Evangelios, las Actas de los Apóstoles, las Epístolas y la Revelación de San Juan, que forman el *Nuevo Testamento*.

(2) Los libros que contienen esta historia son el Génesis, el Éxodo, Josué, los Jueces, Samuel, los Reyes, las Crónicas, Esdras, Nehemías, y los Macabeos.